

*Hace un momento
mi madre y yo dejamos de rezar.*

...

*Hace un momento la oí que abrió su ropero,
hace un momento la oí caminar.*

*Cuando me enseñó a leer me enseñó también a decir versos,
y por ese tiempo me llevó por primera vez al mar.*

*Cuando la pobreza se ha quedado a vivir en nuestra casa,
mi madre le ha hecho honores de princesa real.*

Doña Deifilia Cámara de Pellicer

es tan ingeniosa y enérgica y alegre como la tierra tropical.

Oigo que mi madre ha salido de su alcoba.

El silencio es tan claro que parece retoñar.

Es un gajo de sombra a cielo abierto,

es una ventana acabada de cerrar.

Bajo la noche la vida crece invisiblemente.

Crece mi corazón como un pez en el mar.

Con más de veinte libros de poesía: *Colores en el mar, Piedra de sacrificios, Hora de junio, Subordinaciones, Hora y 20, Práctica de vuelo, Camino, Cuerdas, percusión y alientos, Recinto y otras imágenes*, por mencionar sólo algunos; con su labor de alfabetizador y de museógrafo, con su gran amor por México, con su pasión por la vida, descansa en la Rotonda de las personas ilustres, en el Panteón Civil de Dolores.

“En Pellicer confiamos porque posee el amor que es constancia y la fe que es creación”, decía José Vasconcelos. Quizá por eso, hasta la fecha, cuando llego a casa con rosas, mi hijo repite de memoria: “Aquí no suceden cosas de mayor trascendencia que las rosas”.

Entre las tres y las cuatro

Cintia Jiménez Morlán ¹

En la habitación que alguna vez fuera de mis padres, tengo un reloj que ya era viejo cuando lo compré. A pesar de su antigüedad, el aparato luce bastante bien: es un bracket estilo georgiano con caja de caoba y aplicaciones en bronce dorado, su péndulo continúa moviéndose de un lado al otro como hiciera desde hace un par de siglos, el cristal es prácticamente nuevo y la caja reluce por lo limpia que está. Todos los días, sin falta, le dedico de una hora a dos para pulirlo y limpiar su maquinaria interna sin mover ninguna de las piezas, que, pese al tiempo, también se encuentran en perfectas condiciones.

A simple vista, el reloj funciona a la perfección; sin embargo, es cuestión de observarlo por un momento para darse cuenta de que sus manecillas no se mueven, incluso si el péndulo sí lo hace. Ya son algunos años desde que las agujas de este reloj se encuentran estacionadas entre las tres y las cuatro y, aunque soy relojero de toda la vida, no es algo que pueda explicar. Hubo un tiempo en el que intenté repararlo, y dediqué horas y horas a desmontar la caja y encajar sus engranes lo mejor que pude, solo para encontrarme con las manecillas paralizadas pese al movimiento del péndulo. Quizá este fenómeno ocurre por algún tipo de mecanismo antiguo y oculto que no he descubierto aún, o tal vez se trata de algo sobrenatural. No lo sé. Lo único que tengo claro es que casi a la par de que las manecillas se quedaron estancadas entre las tres y las cuatro, mi edad también se estancó.

No me percaté de mi falta de envejecimiento de inmediato, pues, para mí, mi apariencia no había cambiado mucho desde que cumplí los treinta. Tenía las mismas entradas que auguraban una calvicie total antes de los cincuenta, y alrededor de mis ojos estaban esas patas de gallo que heredé de mi madre y que aparecieron en mi rostro desde que tenía veintitantos años. Cuando me miraba al espejo todos los días, no veía nada distinto y tampoco me sentía diferente a como lo había hecho en los últimos años, así que no había razón alguna para imaginar siquiera que algo en mí era diferente.

¹ Escritora, novelista actualmente dedicada a la docencia.

En realidad, fueron las personas a mi alrededor las primeras en notarlo. A veces mis amigos hacían comentarios sobre lo joven que me veía o eran mis hermanas quienes bromeaban pidiéndome la receta de la eterna juventud. Con el paso del tiempo, no obstante, las bromas se convirtieron en miradas suspicaces porque ¿cómo era posible que, a mis casi cuarenta y cinco, luciera igual que en mis treinta? No tenía ninguna arruga nueva, seguía sin tener canas y mi calvicie se había detenido por completo.

Al principio no le presté mucha atención. ¿Qué tenía de especial verme menos viejo que mis amigos? Era suerte, nada más. Pero cuando los signos de la edad se volvieron mucho más evidentes en todos, menos en mí, fue claro que algo ocurría para que yo no envejeciera como ellos.

Acudí con algunos médicos, con la esperanza de que alguno de ellos pudiera explicarme la razón de mi eterna juventud, pero ninguno supo explicar la causa. Perdí la cuenta de los medicamentos que me hicieron tomar, las revisiones hechas hospital tras hospital y de las veces en las que me examinaron con curiosidad, codicia incluso, como si fuera un espécimen raro al que sólo la moral evitaba diseccionar.

Eventualmente, opté por alejarme de los médicos y permanecer en mi casa y en mi relojería, en donde continué sin saber el porqué de mi condición.

Pasarían muchos años antes de que me diera cuenta de que la culpa era del reloj. Hacía tiempo que todas las personas con las que crecí habían muerto o eran ancianos que no querían saber nada de mí, y una de esas tardes en las que la nostalgia me golpeaba con fuerza, escuché el balanceo que pertenecía al bracket que compré años atrás.

No es como si ignorase la existencia del reloj que llevaba décadas en el cuarto que fuera de mis padres, pero en los últimos años de mi vida la preocupación por mi extraña condición había hecho que prácticamente olvidara que era dueño de un objeto tan valioso como aquel. Lo observé con detenimiento. El reloj lucía exactamente igual que cuando lo compré, en aquella época en la que mi edad correspondía con mi apariencia, y me fue imposible no pensar en cómo es que llegó a mis manos.

Tenía veintinueve años cuando un hombre entró en la tienda y me ofreció el reloj en venta. Era un hombre joven y elegante, el tipo de persona que no esperaría que entrara a mi relojería y que, no obstante, se paseó por ella observando mis relojes con un interés que pocas veces veía en otros compradores. Charlamos un poco y,

tras unos minutos, el hombre colocó el reloj sobre mi mostrador, dejándome a un precio que, yo sabía, no se acercaba en nada a su verdadero valor. Mentiría si dijera que no sospeché de la legalidad de la transacción, pero me enamoré del objeto de inmediato y, aunque quise aparentar desinterés, no pasaría mucho antes de que el extraño me convenciera de comprarlo.

La lógica decía que un objeto de estas características debía terminar en una tienda de antigüedades y no a manos de un relojero aún inexperto como yo, pero en mi inocencia, me sentí afortunado ante semejante oportunidad. El hombre esbozó una sonrisa satisfecha tras la venta y, sin decir nada más, salió de mi tienda. No lo volví a ver.

Cuando me quedé solo, observé mi nueva adquisición. El reloj era tan magnífico como lo es hoy en día: las esquinas achaflanadas tienen decoraciones en motivos florales hechos en bronce y destacan sus



pies en forma de garras. Recuerdo que esa tarde dejé el reloj en el mostrador y fui a la puerta de la relojería dispuesto a cerrarla por el resto del día, porque estaba demasiado entusiasmado con mi compra como para poder atender a algún cliente, si es que llegaba alguien. Al regresar a donde puse el aparato, lo tomé con cuidado y, tratándolo como la reliquia que es, lo abrí para examinar su maquinaria.

¿Cómo expresar lo que sentí al ver su interior? ¿Cómo explicar el cosquilleo en las manos al querer hurgar en la maquinaria? ¿Cómo describir la emoción que me embargó al saber que era poseedor de semejante pedazo de historia? Era como un niño al recibir un obsequio y, en cierto sentido, sí que lo era, incluso si hoy no estoy muy seguro de si el reloj resultó un regalo o una maldición.

Pronto el bracket se convirtió en el tesoro más grande que tendría en mi vida y procuré dejarlo resguardado al interior de la casa, lejos de la relojería y de las miradas curiosas, entre ellas las de mi padre. En mi inconsciente comencé a tratarlo como un secreto y hoy puedo decir que nadie de los que me conoció en aquella época llegó a verlo de lo bien guardado que lo tuve.

Unos meses después de comprarlo, las manecillas dejaron de moverse como era debido: por cada hora que pasaba, el minuterero se movía sólo un poco, por lo que el reloj dejó de marcar el tiempo de manera correcta. Estudié hasta el cansancio para conocer su maquinaria y poder repararlo sin dañar alguna de sus piezas y, aunque en apariencia el aparato volvía a quedar como nuevo, sus manecillas avanzaban durante unas horas, hasta que se volvían a alentar y a marcar un tiempo que no era. Al final, con mi ego de relojero un poco herido, opté por no intentar más reparaciones y simplemente lo dejé en su lugar de siempre en el cuarto azul, como una muestra del fracaso en mi oficio a la que pronto dejé de prestarle atención.

Habían pasado algunos años desde que lo abrí para repararlo, sin obtener buenos resultados. Como a esas alturas no tenía nada que perder, quise intentarlo una vez más. Lo llevé al taller y revisé su interior para poder calibrarlo adecuadamente y lograr que mostrara la hora exacta. No fue tan fácil como lo recordaba, pero después de algunas horas lo dejé tan bien como pude. Satisfecho con la forma como sus manecillas comenzaban a moverse una vez más, me fui a dormir.

A la mañana siguiente desperté a la hora de siempre. Comencé con la rutina mañanera que seguía desde cincuenta años atrás y no fue hasta que me vi al espejo, que noté algo distinto en mí. Era yo, de eso no tenía ninguna duda, pero la imagen que me regresaba la mirada no era la del joven de treinta y tantos que me veía todas las mañanas, sino la de un anciano al que no había visto jamás.

Tardé varios minutos en recomponerme de la sorpresa y, cuando me quedó claro que era yo el hombre que veía en el espejo, regresé a la cama, sin saber muy bien qué más hacer. No había pasado ni media hora y ya extrañaba mi cuerpo joven, que me acompañó durante cinco décadas o más. Hice un repaso mental para intentar explicarme qué era lo que causó el cambio y lo único que encontré de diferente en mis actividades del día anterior fue mi intervención en la máquina del reloj.

Salí de la cama con cuidado y fui directo al cuarto azul. El reloj estaba en el mismo lugar en el que lo había dejado horas atrás, con la única diferencia de que

sus manecillas habían continuado con su movimiento y marcaban la hora exacta. Intrigado, tomé el aparato en mis manos temblorosas (y que no reconocía, con sus manchas y sus arrugas que no estaban ahí el día anterior) y, con cuidado, lo abrí para regresar las dos agujas al lugar en el que permanecieron por años, entre las tres y las cuatro.

No necesité verme al espejo para saber que había recuperado mi apariencia de eterno treintaño. Dejé el reloj sobre su lugar de siempre y permanecí ahí, con la mirada fija en él, hasta que pude corroborar que las manecillas no se movían una vez más, hasta que supe que mi cuerpo no se volvería el de un anciano de los noventa y tantos años que debía tener por aquella época.

Pensé, por primera vez en mucho tiempo, en el hombre elegante que me lo vendió. Entendí el porqué de su precio tan bajo para un reloj de semejantes características y la expresión satisfecha que apareció en su rostro una vez que se deshizo de él. Me pregunté si aquel sujeto también estuvo atado a las manecillas del reloj, si su tiempo también se pausó al detenerse las agujas y si, al deshacerse del bracket, se convirtió en polvo al cruzar el umbral de la relojería.

Fue imposible no pensar, también, en todo lo que había pasado desde que me hice con ese reloj, en el tiempo y las personas que perdí en el camino. Me pregunté si, en algunos años, sería como aquel hombre que entró en mi relojería y si intentaría deshacerme de aquel tesoro. Mi respuesta fue un no.

Desde entonces cuido que el reloj no se mueva. Hay días en los que he estado a punto de intentar reacomodar sus agujas hasta que éstas continúen con su camino sin ningún contratiempo. Y hay otros en los que pienso que, tal vez, debería intentar lo que el dueño anterior y venderlo o regalarlo, esperando después a que los efectos de su magia desaparezcan junto con él, pero no puedo hacerlo. Sé que no es bueno lo que ocurre, y que vivir ligado a lo que digan un par de manecillas no es vivir del todo, pero después de tantos años es difícil aprender a vivir de otra manera.

Hace años que el reloj que guardo con celo se detuvo entre las tres y las cuatro, y mi tiempo se detuvo con él. Tengo treinta y tantos años desde entonces y, aunque soy relojero, decidí no continuar con mis intentos por repararlo. Todos los días lo limpio con esmero, pero no muevo ninguno de los engranes del interior para evitar que las manecillas se muevan por error, porque no sé qué es lo que ocurrirá si las hago moverse como es debido una vez más. Es miedo, lo admito, y no me avergüenza decirlo, no después de tantos años.

Sigo sin saber si hacerme con este reloj fue un regalo o una maldición y cuál es la verdadera razón detrás del fenómeno que evita mi envejecimiento, pero no pierdo tiempo preocupándome por esos detalles. Tengo algo más importante en qué ocupar mi tiempo, como cuidar que no haya cambios en sus agujas, que no se muevan de su lugar. Pueden juzgarme todo lo que quieran pero, si estuvieran en mi lugar, ¿no harían también todo lo posible por resguardarlo para que no cambie la hora? 